finos sublevados salieron hacia Los Almacenes, donde estaba acuartelado el batallón de Cartago, para invitarlo a la defección; pero la tropa cartaginesa permaneció fiel a Morazán, combatiendo a su lado hasta que fué abandonada la plaza en la madrugada del 14.

Del batallón de Heredia tan sólo se pudo reunir una pequeña parte, porque los milicianos huyeron a los montes. El de Alajuela marchó completo el 12 de septiembre contra Morazán al mando de don Florentino Alfaro. De modo que la corta pero muy sangrienta guerra civil de 1842 la sostuvieron las tropas forasteras morazanistas y el batallón de Cartago contra fuerzas de San José y Alajuela. Hubo por lo tanto cierta analogía entre este conflicto y el de 1823. En ambos el resultado fué favorable para San José. Esta ciudad conquistó el rango de capital del Estado en el primero con el auxilio de Alajuela, lo mantuvo sola contra el resto del país en 1835, y por último lo aseguró definitivamente en 1842, también con la ayuda de Alajuela, aunque esta vez involuntaria.

De la derrota y muerte de Morazón data la extinción paulatina y hoy completa del fatal espíritu de localismo, que por tres veces ensangrentó a Costa Rica en luchas fratricidas.

R. Fernández Guardia

Don Alejandro Cardona y Llorens

Nació en Ciudadela de Menorca, Islas Baleares, el 21 de enero de 1827, en la noble casa Cardona y Llorens, fundada por D. Antonio Cardona y Doña María Llorens, descendiente el primero de Don Juan de Cardona, famoso en su tierra por su ilustración y cultura, muy vastas para su época. (Don Juan de Cardona hablaba y escribía correctamente siete idiomas. Ocupó en tiempo de la dominación británica los altos cargos de intérprete militar, Comandante de la Plaza y Gobernador de la isla. Su retrato, pintado al óleo por un célebre pintor inglés, se conserva en la Sala del Ayuntamiento Principal de Menorca).

Desde muy niño, Alejandro mostró gran espíritu artístico y vocación por la música, lo que sus padres supieron cultivar proporcionándole cuantos medios tuvieron a su alcance, y mientras los tuvieron, logrando que recibiera lecciones del gran maestro Roselló. Aprendió a tocar varios instrumentos, pero sobresalió notablemente en la guitarra. Mostró también desde muy temprano un carácter inquieto y aventurero; pasaba largas horas contemplando el mar y manifestaba constantemente deseos de conocer los otros mundos que se encontraban allende aquel mar que tanta amplitud dió a su espíritu y que tenía siempre ante sus ojos. Su pasatiempo favorito consistía en jugar de representaciones, en "hacer ópera"—como él decía—; y habiéndose improvisado un pequeño teatro en su casa, en el que empleaba cuantas cortinas y mantas, cajones y maderas dejaban a su alcance, invitaba a sus amigos a las "funciones de gala" en las que solamente el pequeño

Alejandro aparecía, utilizando un emplumado sombrero de su madre, que adaptaba al estilo mosquetero, un mantón que se colocaba a manera de romántica capa y la gran espada de su abuelo, que arrastraba sin compasión sobre la improvisada tarima en que representaba, cantando con carácter operático y muy afinada voz que, pasados los años, se le convirtió en atenorada y agradable.

Pero aquellos años felices de su niñez y adolescencia pasaron muy pronto. No contaba aún la mayoría de edad, cuando la fortuna de sus padres, que no era muy crecida, se transformó en pobreza bastante acentuada, debido a circunstancias difíciles que se confrontaron en la isla, y ello acabó de decidir al joven Alejandro a separarse de los suyos y a emprender un viaje en la primera oportunidad que encontró, anhelando llegar a otros países en busca de la fortuna que no veía posible recuperar en su terruño. Fué así cómo en penosísimas condiciones logró llegar a Argelia, donde trabajó duramente en cuantos trabajos y oficios se le presentaron; pero las privaciones aumentaban conforme pasaba el tiempo, hasta que en el año 1851 consiguió embarcarse por fin con rumbo a América, "la tierra del oro", y llegó a Panamá después de un viaje lleno de aventuras en un buque de vela, habiendo permanecido alrededor de seis meses en el mar. A pesar de tantas penurias y dificultades, no dejaba de sentir gran atractivo en aquella nueva vida que le hacía realizar en toda su amarga verdad—amarga pero atrayente para él—una de las fuertes inclinaciones de su espíritu aventurero. Desde que dejó a España no abandonó un momento su querida guitarra, regalo de sus padres, y fué su inseparable compañera y consuelo en las horas más duras. Ahora, curtida por la intemperie, el yodo y la sal de los mares, como viejo lobo marino la noble guitarra, que no tuvo descanso sino en días de abatimiento por una que otra enfermedad de su dueño, sonaba mejor que nunca en tierras de América.

La suerte comenzó a favorecerle en Panamá. Grande fué su sorpresa y su alegría al encontrar el anuncio de una compañía teatral y no cejó en su empeño hasta lograr que el empresario le oyera tocar la guitarra, lo que sirvió para que le contratara en seguida, encargándole de la música que en varias obras debía escucharse entre bastidores. Realizaba así también, en principio, su otra gran afición y aspiración: el teatro. Desde luego no podía conformarse con desarrollar el arte de la música, siempre oculto tras las bambalinas, y después de mucho insistir logró que le permitieran hacer algunas apariciones en la escena, interpretando pequeños papeles que él consideraba de importancia trascendental. ¡Oh gloriosa emoción la de la primera noche! Pero inteligente como era, comprendió, muy a pesar suyo, que no resultaba un buen artista de las tablas y decidió volver a su guitarra, la que no le dejó desmayar y le produjo no pocos dineros que le permitieron llegar a Costa Rica en el año 1852. La suerte en San José le sonrió con caracteres más definidos y halagadores. Loco siempre por el teatro, pudo demostrar sus capacidades de gran músico y conseguir que se le nombrara director de coros en las primeras compañías de ópera que llegaron al país. ¡La ópera! Se encontraba en ella como el pez en el agua, y para no quedar en la oscuridad de los bastidores, con frecuencia se caracterizaba y se introducía a escena confundiéndose entre los "extras"—que diríamos hoy refiriéndonos al cine—y cantaba con ellos... Sus veinticinco años le hacían soñar que era el primer tenor... Está de

sobra decir que aquella vida "de gloria" sólo pudo disfrutarla en muy pocas ocasiones, aprovechando las cortas temporadas de ópera que alegraban la vida sencilla de la ciudad de San José. Su carácter alegre y comunicativo, su gran simpatía, distinguida figura y finos modales, credenciales únicas que acusaban su nacimiento en buena cuna, le permitieron relacionarse en seguida con lo más granado de la sociedad costarricense. Su alma romántica e inquieta le invitaba a salir de serenata casi a diario, y él seguía encantado aquellos impulsos, regalando con su música y canciones a las bellas de San José, bajo sus ventanas. Se hizo sumamente popular: ¿Alejandro Cardona? ¡Un trovador completo! En efecto, componía la letra y la música de sus canciones.

Cuando se anunció la invasión filibustera el año 56, arrebatado de entusiasmo por ésta su segunda patria, escribió un himno guerrero que comenzaba:

Preparemos las armas invictas,
en defensa de Patria y Honor;
les dará nuevo lustre la Gloria,
nuevo brillo los rayos del sol.
Una horda de vándalos, fiera,
amenaza invadir la Nación...

En 1856 contrajo matrimonio con la distinguida dama doña Gregoria Valverde Castro, y puede decirse que aún se encontraba en su luna de miel cuando tuvo que dejar a su joven esposa, impulsado por su sentimiento patriótico y de hombre de lucha, para lanzarse a la campaña nacional como voluntario, habiendo regresado triunfante, ostentando el grado de Capitán del Ejército costarricense.

El general norteamericano Thomas Francis Meagher, quien por una feliz casualidad almorzó en San Mateo el 12 de marzo de 1858 con el capitán Alejandro Cardona, nos ha dejado de él un retrato muy pintoresco. "Se sentó con nosotros a la mesa—escribe Meagher en sus *Vacaciones en Costa Rica*—un oficial del ejército costarricense. Se dirigía a San José, procedente de Nicaragua, con pliegos para su Gobierno. El *San Carlos*, uno de los vapores tomados a los filibusteros y que llevaba bandera costarricense en el lago de Nicaragua había encallado. El oficial vino por el camino de Guanacaste y desde hacía ocho días estaba en la silla de montar. Era un caballero modesto, inteligente, de cara blanca y suave, con finas patillas. Sumamente valiente, había peleado en Rivas, en Masaya, en San Jorge, durante toda la guerra de Nicaragua, y al terminar ésta fué honrado con el mando de la tropa que estaba a bordo del vapor que acababa de perderse. En el hombro derecho traía una faja verde y ancha en pésimo estado, de la que sostenida por un gancho colgaba una cantina de hojalata. Debajo de la faja estaba su levita azul, que tenía necesidad de una buena sacudida. Su espada, metida en una vaina de acero que le azotaba los talones, habría brillado más con un poco de aceite y polvo de ladrillo. Habiendo almorzado de prisa y encendido un puro, montó en su mula blanca y, con la grandeza de un paladín, saludó airosamente con el sombrero parduzco; luego, lanzándose por el portón, desapareció monte arriba".

Pasada la lucha, se dedicó en San José a dar lecciones de música y al comercio. A pesar de su excesiva honradez, que llevaba a límites irrisorios, hasta el punto de desacreditar algunos artículos de su tienda situada donde actualmente se encuentra La Alhambra, logró amasar un mediano capital que luego se esfumó gracias a la bondad de su corazón que le indujo a dar, y pagar luego, fuertes fianzas. Estuvo establecido en San Antonio de Belén y en San Ramón en tiempo del General Guardia. Allí actuó como maestro de capilla y fundó una filarmonía. El resto de su tiempo lo ocupaba en dar clases de música y en la Comandancia. Durante la Administración Soto tomó carta de naturalización y ocupó la Jefatura Política del cantón de Mora. En el año 1887, cuando vino a Costa Rica la famosa Estudiantina "Fígaro", de la cual quedaron aquí algunos elementos, el maestro Cardona fundó otra, agregando el contingente de sus discípulos aventajados: don Marcelino y don Cristóbal Solís, don Gregorio Soto, don Patrocinio Salazar, don José Prada y don Manuel Corredera; también contó con la colaboración de don Faustino Montes de Oca, quien tocaba el violoncelo, y de un viejecito de apellido Castellón, violinista. Ocupó las plazas de maestro de canto en las escuelas de la señorita Mercedes Montalto y de don Antonio del Barco, así como en la escuela que dirigía la señorita Filomena Pacheco.

Cuando vino la lucha electoral Rodríguez-Esquivel, escribió el Himno del Partido Rodriguista, en el que sus hijos Alejandro y Jenaro tuvieron destacada actuación política.

En el año 1891 fundó otra estudiantina, esta vez con el concurso de muy distinguidas señoritas, entre las que figuraban las hijas de don Fabián Esquivel, del doctor don Carlos Durán, de don Francisco Quesada Esquivel, etc.

Dos años más tarde, en el 93, efectuó un viaje a los Estados Unidos y Europa, pues deseaba visitar a Ismael, su hijo menor y músico como él, quien se encontraba en Nueva York hacía tres años, y para volver a su tierra de las Baleares después de una ausencia de cuarenta y dos años. Al salir de Nueva York enfermó de cuidado y llegó a París sin poder recobrar la salud. Le atendió allí su hijo Jenaro, quien le acompañó hasta las Baleares y regresó con él a Costa Rica. El barco en que venían fué azotado por una furiosa tempestad (20 de agosto de 1893), de la que por milagro se salvaron.

En los últimos seis años de su vida continuó su salud muy quebrantada hasta su muerte, ocurrida el 15 de enero de 1899, a los setenta y dos años.

El Gobierno de Costa Rica, considerando su destacada actuación en las campañas nacionales, le tributó honores de Teniente Coronel y en el momento de descender al seno de su última y más querida tierra, una compañía de infantería rompió el silencio con sus salvas.

A. X.